



Una muy severa reprimenda de mi editor

[1]

y de un humor horrible — me senti inclinado a imaginar¹ —, a reconocer mi la estancía que debería ser: tan familiar como la palma de su mano o como el par de adorables querubines a los que miró con extrínseca preguntado, dejándose caer sobre una silla. ¿Y estos niños quiénes son? para añadir, sin aguardar respuesta, que qué vida tan aporreada le había tenido vivió, y que si no había en aquella casa un poco de café, y “¿qué haría estar?” y, a mi, que ya me podía ir largando porque detestaba, aborrecía, le daban cien patadas los tipos como yo... Ah... Y que eso decía por de adorables querubines — “enfátense cantamanas curri del carajo”, gritó — y una mierda... “Pero, hombre, por favor!” Y que qué se habría creído este imbécil; es decir yo.

Que habría sido una forma no menos siroca que cualquier otra de terminar pero yo, que siempre he sido un imbécil — en eso ella tenía toda la razón de este mundo aunque en otras muchas cosas pudiera estar equivocada o por lo menos no poco confusa por culpa, entendi, del conflicto emocional en que pudiera hallarse inmersa aun prescindiendo del hombre bien plantado que también renuncié a imaginar y que me costó, por cierto, una muy severa reprimenda de mi editor² — lo seguí como un cordero hasta la puerta del piso y, cuando la abrió con tanta brusquedad que derribó el jarrón chino lo de imitación, de esos que se compran en los bazares chinos,

¹ Aunque después de recapacitar unos instantes decidí no hacerlo.
² Muy mal, por cierto, pero, como luego explicaré al señor Benítez, era comprensible y había que disculparlo porque, a guisa de ejemplo, cuando uno se obsesca en dar por bueno que aquello que uno ve tiene fortísimamente que ser como lo piensa se ve expuesto a, una sin quererlo ni desearlo, caer en interpretaciones que cobran cierta de naturalidad sin el menor fundamento.

que me dijo que sin imaginación no era posible sacar nada adelante, y que si seguía en ese plan mi obra no vería nunca la luz avivando, con ello, los temores que venían — a pesar de mis esfuerzos por ignorarlos — desde tiempo atrás martirizándome recordando, cada noche y sin dejarme conciliar el sueño, la boca de labios extremadamente finos¹ de Celedonia pronunciando su “reconozca que el que estas páginas de usted vayan a ser leídas alguna vez es mera hipótesis” que aunque no dicho con acritud se me clavó en el alma como una puñalada; y que ya podía si de verdad aspiraba a publicar alguna vez ir espabilando y atreviéndome a inventar, aventurándome a lugares que ni había visitado ni visitaría muy probablemente jamás y a situaciones de las que sin un mínimo de arrojo y ciñéndose a la más tediosa de las lógicas no era posible sacar ni al más intrépido protagonista “por más que pongas² en sus manos todos los revólveres que quieras para tirotear a los que le persiguen³ o lo pertrechos de un paracaídas para que salte desde un avión”

1 Y ahora este nuevo problema, el de llevar un inventario de labios, ojos, narices, pelos (mejor “cabellos” más elegante), estaturas y números de zapatos de todos y cada uno de los personajes porque, cómo si no, no correr el riesgo de colocarle — a ella misma, sí, por ejemplo, a la misma Celedonia — una naricilla respingona que conjuntaría fatal con esos labios; o unos ojos azules o verdes teniéndolos como los tiene marrones. Ah, y una pequeña cicatriz (imperceptible casi, pero que ahí está) sobre la ceja izquierda.

2 Recuérdese que estamos hablando del editor aunque huelgue decirlo, que Celedonia siempre me trató de usted.

3 O, puntualizó, a los que él persiguiera dependiendo, como yo mismo me podía imaginar, de que le tocara ser criminal o policía.

[2]

porque, dijo también, si es cierto que las motivaciones para cualquier acto han de estar bien estructuradas y los movimientos justificados sean para el bien o para el mal, no es menos verdad que en las situaciones extremas lo único que en definitiva vale o no vale y lo lleva a uno al fracaso o al éxito es la iniciativa personal y, eso “mételelo en la cabeza”, me dijo, la capacidad para resolver cualquier problema, nadie puede dársela mas que su creador y, cuando yo intenté explicarle que todo podía ser más sencillo y no requerir de tantos elementos más propios, parecía, de una película de acción en pantalla grande porque el hombre del traje azul parecía más un próspero empresario de esos que llevan una vida, de más o menos quebraderos de cabeza, sí, pero sólo de cabeza y de echar cuentas de si la bolsa sube o baja y ese tipo de cosas, pero no de riesgos físicos y nada más teniendo que estar tras una mesa de despacho dando órdenes a secretarias muy eficientes, y acudiendo a reuniones con otros empresarios o con gente importante del gobierno y, luego, a comer a un buen restaurante él me dijo que, bueno, que lo de los revólveres y el paracaídas era sólo un ejemplo y que, por mucho que este hombre llevase una vida confortable y sin sobresaltos, no estaba de más consignar si tenía bigote o una amante rubia y un poco regordeta, porque así, cuando el lector se lo encontrase comiendo con una morena esbelta se daría cuenta enseguida de que o él no era el hombre del traje si no tenía bigote o de que la acompañante era su esposa.